



FI

A vegades passa. Un autor està treballant en una novel·la, i es mor. Resta una novel·la inacabada. Una feina a mig fer.

La proposta de lectura que us fem aquesta vegada és la de tres exemples d' "inacabats".

Enmig de la nit, de William Irish, era un manuscrit que va acabar Lawrence Block, bon coneixedor de l'obra d'Irish.

L'exemple més conegut d'inacabats dins la novel·la negra és, potser, *El misteri de Poodle Springs*, de Raymond Chandler, que Robert B. Parker, bon coneixedor de la novel·la negra amb detectiu —ell mateix ha fet la sèrie Spencer—, va reemprendre i acabar.

També tenim un exemple més proper en *El guardián de las esencias*, de Justo Vasco, un cubà

afincat a Gijón i que durant anys els addictes a la Semana Negra de juliol haureu conegut com a organitzador i ma dreta de Paco Ignacio Taibo II. En morir deixà inacabada la novel·la, que completà el també cubà Amir Valle.



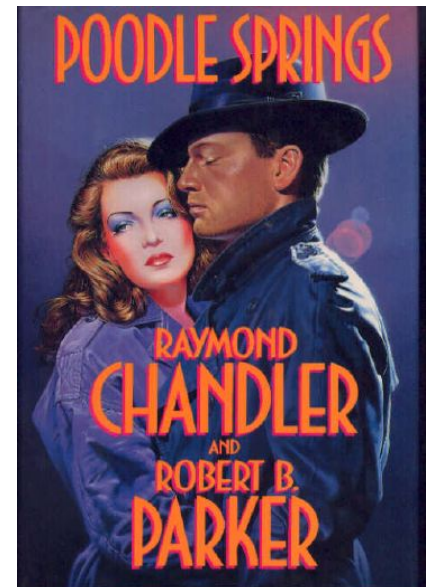
INACABATS... A LA BÒBILA



d'una notícia, un tiroteig per qüestions de droga al West Side". O sigui que l'aportació de Block no supera les trenta pàgines, i a més se ceneix a les intencions exhibides per Woolrich, cosa que duu a terme amb notable intel·ligència.

En qualsevol cas, *Enmig de la nit* s'integra profundament en l'univers poètic i metafísic de les novel·les que van fer cèlebre la firma de William Irish i constitueix un descobriment d'importància palpable, estètica i històrica. És el brillant punt final d'una carrera que va tenir la seva esplendor pública més intensa durant la dècada dels quaranta, amb la sèrie de novel·les els títols de les quals recorrien un i altre cop al vocable *negre*.

Xavier Coma, pròleg a *Enmig de la nit*, de William Irish



- William Irish (Cornell Woolrich). *Enmig de la nit*. Completada per Lawrence Block; traducció d'Esther Roig. Barcelona: Edicions 62, 1989 (Seleccions de la Cua de Palla; 89)

La novel·la pòstuma de William Irish

Fa poc, aquesta col·lecció presentava *Cançó d'amor a Manhattan* (*Manhattan Love Song*, 1932), l'obra mestra del novel·lista Cornell Woolrich el qual coneixem a les nostres latituds amb el pseudònim de William Irish. Aquesta novel·la, oblidada fins i tot als Estats Units durant dècades, ha significat aquí una novetat sensacional. Es pot sostenir molt bé que figura entre les fites estètiques del gènere i que ocupa un dels primers llocs cronològicament, en la seva història. D'altra banda, va representar el trànsit de Woolrich de la novel·la fitzgeraldiana a la narrativa negra.

Ara presentem una altra novetat singular pel que fa al mateix autor: la seva novel·la pòstuma *Into the Night* (*Enmig de la nit*), de la qual es va trobar un manuscrit incomplet després de la mort de Woolrich, als seixanta-quatre anys, el 25 de setembre de 1968. L'expert Francis M. Nevins Jr., màxima autoritat pel que fa a l'obra de Woolrich, va poder llegir molt aviat el manuscrit, i ja el 1971 en lloava les excel·lències. Això no obstant, la desaparició d'un determinat nombre de pàgines n'impossibilitava l'edició.

Un acreditat novel·lista del gènere, Lawrence Block (del qual recordarem per exemple l'obra duta al cinema *Eight Millions Ways to Die*), va assumir finalment la tasca de submergir-se en l'ànim creatiu de Woolrich i de completar *Into the Night*. D'aquesta manera, la novel·la va arribar a veure la llum l'estiu de 1987, editada per The Mysterious Press a Nova York.

Segons les dades aportades per Francis N. Nevins en l'edició original, Block va escriure el que segueix: tot el començament fins a l'última frase de la dona que està ensenyant a la protagonista la cambra on vivia Starr Bartlett; diversos fragments de les escenes entre Madeline i la cantant Dell, amb un equivalent a menys de deu pàgines; tres inserits breus, que no arriben a un total d'altres tantes pàgines, durant la recerca de Vick Derrick; i, finalment, l'acabament de la novel·la, després que Madeline es desperta i engega la ràdio, i a partir concretament de la frase "la ràdio sonà bruscament enmig

- Raymond Chandler, Robert B. Parker. *El misteri de Poodle Springs*. Traducció de Pep Julià. Barcelona: Columna, 1991 (Columna; 82)

Solos estábamos mejor

En octubre de 1958, Raymond Chandler, ya veterano, aceptó la sugerencia de un amigo: ¿por qué no casar al eterno solitario, el detective Philip Marlowe? Pero no lo consiguió: apenas esbozó unas cuantas páginas llamadas "*La historia de Poodle Springs*", publicadas como relato-fragmento en 1962. Sin embargo, en 1989, un chandleriano llamado Robert B. Parker aceptó escribir una larga novela con Marlowe esposo. El resultado no fue memorable. Ahora se acaba de lanzar en video la versión para cine, dirigida por Bob Rafelson. Y Juan Sasturain repasa la historia de una novela y una historia de amor trunca.

Se acaba de lanzar en video *Poodle Springs* –titulada en castellano *Crimen perfecto*–, un policial del temible Bob Rafelson, producido por Sidney Pollack, con guión del intachable Tom Stoppard y presentado como "la última aventura de Philip Marlowe". En realidad, se trata del relanzamiento, con nuevo y estúpido título, de un telefilm de HBO del '98, basado precisamente en *Poodle Springs*, la novela que Raymond Chandler dejó inconclusa –o apenas empezada, mejor– y que completó malamente en 1989 el devoto y rápido Robert B. Parker, autor de la saga del detective Spenser, diez años después

de la muerte del maestro.

Pese al excelente guión del dramaturgo inglés, la película es floja, sobre todo porque, ambientada en 1963, tiene menos clima que un McDonald's. James Caan, que no sabe usar el sombrero, hace un Marlowe inexpresivo y demasiado grande para una mina tan inexpresiva como él –la yegua fina Dina Meyer– con la que aparece casado. Porque ésa es la novedad y el punto de partida: el duro detective, lobo solitario, ahora está, ya de vuelta, “en pareja”, ejerciendo su oficio de siempre pero casado con “la chica de los ocho millones de dólares”. Y no es fácil lidiar con la nueva situación. No lo fue para él, no lo fue para el cansado Chandler, tampoco para Parker el continuador, ni mucho menos para los que se metieron a hacer la película. La historia de amor de Marlowe y su chica venía de muy lejos, pero en el fondo no llega a ninguna parte.

Por lo que sabemos, Philip Marlowe conoció a Linda Loring en el café Victor, a la altura del capítulo XXII de *El largo adiós*. Ya había desaparecido Terry Lennox tras el asesinato de Sylvia, su mujer; ya había pasado la memorable clasificación de las rubias, ya estábamos en medio de la historia del escritor Wade, ya la mejor novela del maestro se había apoderado de una vez y para siempre de nosotros. Linda no era rubia ni soltera ni (demasiado) atorranta. Hija del viejo multimillonario Harlan Potter –el mismo que le explica a Marlowe cómo funciona el mundo unos diez capítulos después–, hermana de la Sylvia muerta y por lo tanto cuñada de Lennox, estaba casada por entonces con el desagradable doctor Edward Loring, un tipo jodido y, encima, abstemio. La cosa no duraría. Además, tras varios encuentros en que brilla la esgrima verbal, la seducción cuenta más o menos flagrante sin que se toquen un dedo y la ironía, está claro que la hija del viejo Potter lo tiene al detective de los cien dólares diarios más los gastos en la mira y que piensa darse el gusto.

Si en el capítulo XLVII le avisa que le está dando salida a Loring y que se va a París, dos capítulos después y ya con el boleto en el bolsillo se le aparece una noche por la casa –famoso diálogo de Marlowe con el chofer, el insólito Amos, sobre T.S. Eliot– con el bolsito de mano. El saca el champán *cordón rouge* que guardaba desde hace dos años para ella. “Pero si nos conocemos sólo hace dos meses” objeta Linda. “Entonces lo guardaba para el momento en que te conociera” dice él –y, en la transición, en el hueco pudoroso del capítulo XLIX al L, por fin y después de tanto, se encaman.

Ella se queda pegada, hay propuesta formal de que deje todo y se vaya con ella, que prueben, que puede andar, que valdría la pena, aunque dure seis meses... Pero los hombres duros no bailan y –al menos a esa altura de la vida de Marlowe y de Chandler, mediados del '52, cuando lo escribía– los detectives duros no se casan. Así que hay llanto femenino y despedida aleveosa. La casi inmediata, larga y memorable escena final con Lennox que cierra el libro opaca la de Linda, la deja escondida en un desvío de la trama.

Fin del primer acto

Chandler no volvería a escribir nada igual, ni aproximado, a *El largo adiós*. Fue su último y extraordinario esfuerzo. Después, aunque la siguió peleando, ya estaba viejo, machucado por la muerte de su mujer en el '54, la enfermedad y el alcohol. El relato “El lápiz”, una reescritura, aguanta todavía; pero también incurrió en algunos impresentables cuentos fantásticos y góticos de cuyo nombre no quiero acordarme. Incluso un pastiche como *Playback-Cóctel de barro*, según la insufrible primera versión castellana, un guión policial de los cuarenta ambientado en Vancouver convertido en novela de Marlowe, sirve sólo como evidencia tanto del empeño como del deterioro. Sin embargo, lo sorprendente era que, una vez cerrada la intriga de *Playback* y vuelto Marlowe a la oficina, sonaba el teléfono: era Linda desde París. Nada tenía que ver con la historia que acabábamos de leer. Venía de otra parte, de la novela anterior... Ella le decía que lo había extrañado, que el mundo estaba lleno de hombres pero que le había sido fiel, que lo amaba, que le mandaba el pasaje. El confesaba que, como no había pensado verla nunca más –lamentablemente– no le había sido fiel: sin entrar en detalles, dos veces en esa misma novela, por lo menos... Pero el duro ya estaba alevosamente vulnerable para el amor. Contraofertaba regalo de vuelo transatlántico París-Los Angeles y al final, al colgar, “la música poblaba el aire”.

Fin del segundo acto

Sabemos por las cartas de Chandler en el último tramo de su vida, que fue Maurice Guinness –autor de policiales en colaboración bajo el nombre de Newton Gayle, entre otras– quien le sugirió casar a

Marlowe. Y el veterano aceptó la idea, el desafío. Así, dejó la puerta abierta en el final injertado de *Playback* y se dispuso después a la aventura de intentarlo. El resultado, inconcluso, son las pocas páginas de *Poodle Springs* que consiguió escribir a partir de octubre de 1958. No llegó muy lejos y sólo ha quedado el testimonio de las dificultades que enfrentó en la empresa: “(A Marlowe) Lo estoy escribiendo casado con una mujer rica y enterrado en plata; pero no creo que dure”, le escribió precisamente a Guinness, el 21 de febrero del '59. El tampoco duró: apenas un mes después, el 26 de marzo, moría en La Jolla.

El fragmento, “La historia de Poodle Springs”, son apenas unas quince páginas de libro y se publicó en 1962 junto con el relato “Una pareja de escritores” y una selección de sus cartas en Raymond Chandler Speaking. Acá lo tradujo De la Flor en 1976 como *Cartas y escritos inéditos*. Lo que dejó el maestro es sólo el arranque: Linda Potter y Marlowe se han casado en Acapulco y se instalan en el bacanísimo Poodle Springs, en una casa excesiva, con sirvientes, choferes, pileta de natación y otras desmesuras de confort debidamente satirizadas por el detective. Más allá de diferencias de cuenta bancaria y modos de vida, Marlowe y Linda se aman, hacen el amor como adolescentes, intercambian ironías y provocaciones en un lenguaje casi soez, son compañeros. Pero Chandler no pudo ir más allá de esas páginas atípicas y de ese planteo, ni siquiera esbozó la trama de la investigación que justificaría el relato. No lo veía.

Fin del tercer acto

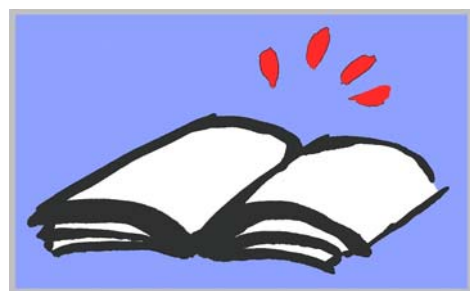
En 1989 los de Putman's le encargaron a Robert B. Parker –chandleriano más confeso que práctico– hacer la novela con sólo ese inicio. Y la hizo. En la edición argentina de 1990, sólo las primeras 28 páginas –cinco capitulitos– de un total de 236, son de Chandler. La trama policiaca que inventó Parker es elemental y además reiterativa, en la que todo se cuenta varias veces, como si fuera una novela por entregas. El estilo es alevosamente “chandleriano”, casi una caricatura de las réplicas sarcásticas y las comparaciones ingeniosas. Pero no pasa nada, nada que el maestro no hubiera hecho antes y mejor. Un *El largo adiós* simplificado, de cuarta. Acá también la cuestión arranca con un tipo casado con la heredera millonaria –fue Lennox, es ahora el mismo Marlowe en paralelo– y el detective se hace cargo de un aparente bígamo asesino y lo cuida contra toda evidencia. Sólo porque cree en él, le cayó bien, como Terry. Pero en la historia de Parker hay happy end y, en trama paralela, la relación con Linda que sobrevive a todo, incluso a la presión del viejo Potter. En fin: la novela no es horrible; es tonta.

Fin del cuarto acto

Para escribir la película que arruinarían entre Rafelson y Caan, el talentoso Tom Stoppard pasó por encima del Chandler final, tomó sólo el núcleo de la pobre historia del bígamo pergeñada por el continuador y adensó los personajes y las relaciones, distribuyó mejor las culpas y los asesinatos. Marlowe y Linda Potter ex Loring – que acá se llama Laura Parker, un guiño tonto– seguirán juntos, como se debe, pero el personaje del viejo multimillonario dueño de la pelota que hace el emblemático Joe Don Baker abre otras variantes que no estaban. Las relaciones entre el dinero y la política, las cuestiones del poder y el crimen, simplemente, se expresan en el cruce imprevisto de la ficción con la Historia a secas: Jack Kennedy llega de gira a Dallas mientras Marlowe y Laura/Linda se reconcilian.

En realidad, ni Chandler ni Marlowe mejoraron con la pareja impuesta por la debilidad sentimental o el negocio. Para sus respectivas soledades, escritor y personaje siempre fueron la mejor recíproca compañía.

Juan Sasturain, *Página 12 / Radar*, 9 de marzo de 2006





un vigilante del Régimen), sí en una amalgama de vidas cruzadas; y la prostituta asesinada o Sixtico, el bondadoso pájaro que también tendrá un final violento, tienen su propia voz a lo largo de sus páginas.

El guardián de las esencias es, pues, una novela negra con todas las de la ley: por su trama criminal, que se sigue con interés... y por la indudable relevancia del marco geográfico, político y social donde se desarrolla la anterior, y a través del cual el autor ofrece una visión crítica de su país en una situación que, lamentablemente, se viene prorrogando demasiado.

Y es que esta novela es "endemoniadamente habanera, llena de vida, en donde la trama transcurre en las calles, en medio de balcones con ropa tendida", en palabras de Taibo II, autor del prólogo que precede a la narración. Efectivamente, uno de los mayores logros del autor es captar la cotidianeidad de las vidas de muchos ciudadanos de La Habana que experimentaban muchas dificultades para reunir la comida del día o que debían racionar el agua para cocinar o ducharse.

Finalmente, no podemos concluir esta reseña sin destacar el trabajo de Valle, que asimila la historia y el estilo literario del autor del texto original, resultando prácticamente imposible discernir qué ha escrito uno y qué otro, y dando una consistencia uniforme a una novela que no deberían dejar de leer.

Fran J. Ortiz, *Abandonad toda esperanza*, 20 de agosto de 2007

- Justo E. Vasco. *El guardián de las esencias*. Con la colaboración de Amir Valle. Salamanca: Tropismos, 2007 (Tropismos Negro)

El guardián de las esencias: Cuba negra

Vaya por delante que *El guardián de las esencias* es una novela profundamente cubana, la más cubana de las de su autor, el escritor Justo Vasco, según reputados conocedores de su obra. También debemos señalar que estamos ante su novela póstuma, aquella que no había podido terminar todavía cuando un cáncer puso fin a su vida el año pasado.

Amir Valle, uno de sus colegas y compatriotas más venerados por el propio Justo Vasco, fue el encargado por parte de los amigos del autor, su esposa Cristina Macía y Paco Ignacio Taibo II, ambos igualmente escritores, de concluir la narración y darle forma. Ahora, de la mano de Tropismos, el lector español podrá disfrutar de esta magnífica novela negra ambientada en la Cuba inmediatamente posterior al llamado *periodo especial*.

En el marco de una Habana sometida por la pobreza y la escasez de medios, una jinetera es brutalmente asesinada en un callejón. Pocos días después, el cadáver de un comerciante homosexual es encontrado en las mismas circunstancias. El caso es encargado al capitán Martín del Campo, que en compañía de sus ayudantes, Domínguez y el Bóldo, será testigo de cómo las pistas parecen no llevar a ningún sitio, y lo que en un principio parecía un asesino en serie (eso que, según el Estado, no existe ni puede existir en la isla) se convierte casi en una cuestión de Estado.

Justo Vasco era lo suficientemente inteligente, y un gran narrador, como para no dejar que los cadáveres fueran simplemente eso: cuerpos sin nombre. Por tanto, convierte a *El guardián de las esencias*, si no en una novela realmente coral (el protagonismo de Martín del Campo es indiscutible, quizá solo compartido con Amalio,



Club de Lectura de Novel·la Negra

Biblioteca la Bòbila | Fons especial de gènere negre i policíac

Pl. de la Bòbila, 1 – 08906 L'Hospitalet | Tel. 934 807 438 | bilabobila@l-h.cat | www.bobila-biblio.tk

www.l-h.cat/biblioteques | www.diba.cat/biblioteques

matins (excepte juliol i agost): dimecres, dijous i dissabte de 10 a 13.30 h. | tardes: de dilluns a divendres, de 15.30 a 20.30 h.

Metro L5 Can Vidalet | Trambaix T1-T2-T3 Ca n'Oliveres | Autobusos L'H2, EP1

